



a presión creciente durante varios meses, culminó en la marcha de apoyo a la huelga de PDVSA que se transformó en petición de la salida de Chávez, la matanza que se siguió, el anuncio de la dimisión del Presidente presionado por los militares que no aceptaron que el mandatario pusiera en marcha el Plan Ávila, la ruptura del hilo constitucional por parte de Carmona con el sobresalto de casi todos, la obligación a desdecirse, la pérdida de apoyo militar y la reposición del Presidente, han sido acontecimientos tan rápidos, contundentes y contrastados que a través de ellos ha acabado de salir a la luz lo que todos llevábamos dentro.

La mayoría del país está muy golpeada por todo lo que ha pasado. La escalada de la confrontación presagiaba lo peor. Pero cuando ocurrió, el estupor y la vergüenza se apoderaron de la gente. En general, hay que decir que la tristeza y el dolor por la división entre los venezolanos son mucho más hondos en los que han vivido los acontecimientos sin la mampara de una ideología absolutizada que en los que persisten en enconcharse en ella. La mayoría de Venezuela ha vivido la semana que siguió a los acontecimientos de duelo. En cambio, la mayoría de los causantes de la polarización están tan aferrados a ella que en vez de abrirse a lo acontecido para realizar un sincero examen de conciencia y una rectificación, lo que están haciendo es sacar de la tragedia pasada nuevos argumentos para seguir con su postura suicida. Me parece palpable que ellos son una minoría (20% de cada lado), mientras que los demás son la gran mayoría del país.

Lo primero que queda claro de esta crisis para quien no esté cegado por su ideología es que la polarización del país no era, como nos lo querían vender los medios, entre la civilización y la barbarie, según la conocida contraposición de las élites latinoamericanas. El día 11 quedó patente que la polarización se da entre dos barbaries, y que la mayoría del país no quiere ninguna de ellas ni como mal menor.

**La raíz principal de la división:
 intentos de resolución
 y recrudescimiento actual**

Para comprender el motivo y la hondura de la división en la Venezuela de hoy hay que remontarse a su constitución en el siglo XVI. Los occidentales se establecieron como señores relegando a los indígenas a una condición subalterna y trayendo en condiciones inhumanas a negros de África como esclavos. Aunque también se dio trasfusión de bienes civilizatorios y culturales y hubo occidentales que entablaron relaciones más simbióticas con indígenas y africanos. Esta constitución inicial ha tenido modificaciones, pero no ha variado sustancialmente. En la guerra de la independencia no obtuvieron libertad los negros ni tierras los pardos. Todo quedó en la emancipación de los españoles americanos respecto de los peninsulares. Estas causas pendientes explican la violencia del siglo XIX. Es verdad que se logró la libertad de los esclavos y el estatuto de ciudadano para todos; pero no cambiaron fundamentalmente, ni el abandono y explotación de los negros, ni la subordinación de los pardos.

La situación comenzó a transitar hacia un reconocimiento cuando un grupo de sanitaristas y más en general de médicos, apoyados por el Estado, inició desde los años 20 del siglo pasado una campaña inteligente y tenaz por el saneamiento ambiental y

la atención a la mujer en estado y a la infancia, con el resultado sorprendente de elevar treinta años la expectativa de vida. Lo mismo sucedió cuando educadores y políticos se empeñaron desde la segunda mitad de los años 40 en una educación masiva de calidad con el mismo éxito que la sanitaria. Ese mismo camino de dedicación a lo público siguieron eximios arquitectos e ingenieros, como también gente de derecho y de otras especialidades. Esta dedicación a lo público de una parte altamente calificada de los occidentales americanos, supuso una modificación apreciable respecto de la constitución original, básicamente asimétrica. La procura de justicia social fue camino hacia una sociedad policlasista pero con la tendencia hacia una cierta equidad básica. Esta equidad tuvo también expresión política: la entrada de las masas a la política significó el nacimiento de la democracia por la constitución del pueblo y no sólo de los occidentales y occidentalizados como sujeto de derechos, deberes y decisiones. Es cierto que en la primera fase esta irrupción estuvo teñida de sectarismo y por eso fracasó. Pero la rectificación de sus líderes dio como resultado el asentamiento de la democracia, que estos días ha demostrado su firmeza.

Sin embargo, hubo inconsistencias en el planteamiento político que, al no corregirse sobre la marcha sino agravarse, revirtieron el proceso. La des-

PEDRO TRIGO., S.J.

La división del país:

Actores y dinámicas

**El Presidente ha exacerbado
 la violencia en el país
 porque no ha considerado
 a sus opositores como
 adversarios políticos sino
 como enemigos militares.**



viación fundamental fue concebir al partido desde el esquema antidemocrático del llamado centralismo democrático. Esta estructura verticalista al principio estuvo contrastada por la iniciativa de todas las instancias, pero enseguida se hizo rígida y acabó en el fanatismo y el sectarismo. Desde esta estructura interna era lógico que en vez de proponer y convencer a los demás, se buscara penetrar a las organizaciones de modo partidista, con lo que a la larga éstas quedaban desnaturalizadas, ya que no funcionaban en base a los intereses de los asociados discutidos de modo abierto, sino que seguían las directrices del partido que lograba mayoría. Esto a la larga provocó la resignación a este sistema antidemocrático de copamiento y con él, el desánimo de la participación en lo público y la retirada a lo particular. Esto se vio favorecido por el triunfo ideológico del neoliberalismo con su prédica fundamentalista de desprestigio del Estado y exaltación de los intereses privados.

Al faltar ese sector tan cualificado y creativo de la burguesía en el ámbito público y al cesar los partidos su papel de intermediación entre las clases, el pueblo quedó completamente abandonado. El Estado fue copado por sectores privados dueños del capital en combinación con políticos en procura sólo de sus intereses. El resultado fue gastar gran parte de sus recursos en financiar la fuga de capitales (desde Recadi y con distintas modalidades hasta hoy) o en financiar los fraudes y las ineptitudes del sector bancario. El pueblo quedó completamente abandonado. El año 1979 fue el primer año en que cayó su poder adquisitivo y doce años después había descendido hasta el del año 44 borrando casi de un plumazo un ascenso tan laborioso. Pero no sólo no se invirtió en el pueblo (se invirtió proporcionalmente menos que en el Chile de Pinochet o en la Argentina de los militares) sino, lo que es peor todavía, dejó de importar la calidad del gasto corriente dedicado a él.

Gran parte del pueblo había aceptado que lo que a él le correspondía como contraparte de los esfuerzos del Estado y la dedicación pública de ese sector de la burguesía, era aprovechar las oportunidades capacitándose,

aprendiendo en todos los aspectos de la vida, y pagando la cuota imprescindible de sacrificio. Y lo estaba haciendo con alegría y solvencia. Por eso, su estupor y su tristeza al constatar el abandono creciente y la falta casi total de oportunidades.

Mientras tanto, gran parte de los capitalistas habían decidido que no querían seguir jugando porque las condiciones les parecían desfavorables y vendieron sus empresas convirtiéndose en rentistas y transfiriendo el dinero a USA y no pocas veces pasando ellos mismos a residir allí. Así la economía ha quedado dominada por las corporaciones transnacionales, que, al contrario de ellos, sí consideraron que aún en esta situación podían sacar ganancias y dominar el mercado para el futuro.

Éste es el trasfondo de la división del país en las últimas décadas. La mayoría del pueblo quería seguir en el esquema anterior de colaboración entre clases, de Estado interclasista, hacia un estado de reconocimiento mutuo y de progreso compartido. Sin embargo, la mayoría de los poseedores del capital y de los profesionales a su servicio han abandonado este horizonte. En su horizonte actual no están los otros, ni física, ni mentalmente, y mucho menos cordialmente. Han privatizado su horizonte. Han aceptado la dirección dominante de esta figura histórica comandada por las corporaciones transnacionales, una dirección absolutamente privatizadora y excluyente. Han borrado de sus vidas a las mayorías nacionales. No son su problema. Menos aún, por supuesto, parte de los suyos. Esta exclusión entraña una dosis de violencia insufrible para aquéllos sobre quienes recae. Pero esta exclusión no sólo priva de posibilidades de vida a la gente popular, sino que deshumaniza a quienes la llevan a cabo y los pone de espaldas a lo mejor de su tradición. Éste es el polo principal generador de la división actual. Una violencia que estaba latente para quienes la practicaban y que ahora ha aflorado rompiendo los cauces no sólo de la educación aprendida y la cultura profesada, sino en muchos casos, del respeto más elemental debido a los demás y a sí mismos.

El otro polo de la división y la espiral de la violencia

Pero si éste es a nuestro modo de ver el polo principal generador de violencia, no es el único. Queremos señalar tres más. El primero es el Presidente y los colaboradores que mantienen su mismo tono. El Presidente ha exacerbado la violencia en el país porque no ha considerado a sus opositores como adversarios políticos sino como enemigos militares. Los adversarios políticos forman parte de la única comunidad política que es el país. Como estamos en democracia, los adversarios, aunque sean minoría, deben ser oídos, es decir, sus razones deben ser tomadas en cuenta, lo que no significa normalmente que el gobernante en mayoría debe dejar sus propuestas sino que debe razonarlas haciendo ver su pertinencia respecto de las razones de los otros, matizándolas o modificándolas en tanto no pueda objetar sus razones y más aún sus datos comprobados. También puede suceder y sucede con cierta frecuencia que el gobernante se desgaste y pierda la mayoría, aunque eso no signifique sin embargo que automáticamente la represente la oposición. En este caso, que es el nuestro, el gobernante no mantiene su legitimidad sólo por su origen sino que necesita revalidarla en su desempeño, y para eso debe modificar su política que ha sido la causa de perder el apoyo mayoritario.

Es cierto, y ya lo hemos insistido, que la oposición no le ha ayudado al Presidente a mantenerse en el plano político democrático ya que, así como él convirtió las sucesivas elecciones en plebiscitos sobre su persona y lo sigue haciendo en cada coyuntura, así también la oposición ha dejado de referirse a problemas específicos y ha conducido cada desacierto del presidente a un planteamiento sobre la necesidad de que renuncie. Sin embargo, la primera piedra la lanzó el Presidente que no acaba de comprender que el ámbito de la política es el de la palabra como horizonte de la acción, como su defensa, pero también como negociación de intereses no sólo divergentes sino contrapuestos, no negociación como cambalache, sino como reconocimiento de la legitimidad de cada uno de los acto-

res sociales y modo de que se compongan en torno al bien común como objetivo irrenunciable aunque gradual, tomando en cuenta el punto de partida en que la sociedad se encuentra. Era claro que cuando el Presidente subió al poder existía consenso en que debían hacerse cambios drásticos y que ello entrañaría sacrificios. Eso había que explicar en cada caso haciendo ver que los beneficios que se esperaban también serían compartidos a la larga. En vez de eso, el Presidente consideró a los adversarios políticos como enemigos dentro de la lógica militar. Al enemigo o se lo aniquila físicamente o se lo depotencia radicalmente. El Presidente se entendió como un militar que tenía que acabar moralmente con sus opositores sometiéndolos constantemente al vilipendio público. Y logró, en efecto, que una parte del país sintiera resentimiento, animadversión, y hostilidad hacia ellos. Ya hemos dicho que para nosotros la violencia primera vino de los excluidores. Esa violencia, al ser echada en cara públicamente de muy malos modos, se convirtió en no pocos de ellos en resquemor, en profundo desprecio y en vivos deseos de retaliación. El presidente en vez de ir revirtiendo esta lógica excluidora, la subió de tono y le dio un motivo suplementario: los enemigos sintieron que se los estaba excluyendo y aniquilando moralmente. El Presidente debe dejar la lógica militar y volver a la política, que es su ámbito institucional.

El segundo polo generador de división y violencia está ligado al anterior: son por una parte aquellos marxistas que se quedaron en la década de los 60, que la mayoría ni siquiera hicieron trabajo de masas ni tampoco intelectual, que vivieron de rentistas y que ahora viven su hora histórica bajo el paraguas carismático de Hugo Chávez. Ellos también viven en un horizonte de lucha de clases, interpretado y sobre todo vivenciado de un modo muy primitivo.

Por otra parte, son aquellos elementos del pueblo que habían vivido un tanto marginales a la cultura popular en logias ideologizadas y que ahora apoyan a Chávez desde sus propias organizaciones o dentro del MVR o del MRB 200, insistiendo en que no todos los del MVR o de los Círculos

Bolivarianos pertenecen a esta taxonomía. Éstos ni en el modo de vestir, ni en el tono de voz, ni en el vocabulario, ni en las actitudes representan a la cultura popular, aunque siempre ha habido personas así en su seno. Los mueve un sentido igualitario, un peculiar concepto de la dignidad, un sentido bastante caudillista y mesiánico del poder y una falta de análisis básico de la complejidad de la realidad.

Lo más patético de estos grupos, su exacerbamiento, no compartido por todos, son las bandas armadas. Son un verdadero ejército paramilitar que se manifestó sembrando la ley del terror en no pocas zonas de la ciudad, además de masacrar a la manifestación opositora. Han estado organizados y coordinados por altos personeros del gobierno entre los que se menciona a Diosdado Cabello y a Freddy Bernal, aunque, obviamente, no se han aportado pruebas fehacientes. Son el cáncer de la democracia. No hay ninguna excusa para que no sean desarmados. Así lo anunció el alcalde Bernal que sabe cómo hacerlo. Esperamos que no se quede en palabras, porque si no están provocando la guerra civil.

El tercer polo son los saqueadores. No es cierto que fueron los malandros. Fueron muchos vecinos, aparentemente gente común y corriente. Aunque hay indicios de que quienes dieron la consigna e iniciaron fueron los paramilitares antedichos. Hay que reconocer que nuestro pueblo por su historia ha sido propenso a actitudes anómicas. El abandono de estas dos últimas décadas ha potenciado estas actitudes. Claro está que son una pequeña minoría, pero suficiente para alarmar y causar una zozobra de fondo. A este grupo sólo se le transforma con una convocatoria concreta hacia una vida mejor, hacia un futuro abierto, aunque sea con sacrificio, de modo que así se sientan formando parte del cuerpo social.

Escuchar a la mayoría

Este es nuestro análisis sobre la división del país. Quisiéramos insistir en que la mayoría de él anhela no sólo volver a la senda que hizo tan productiva y fecunda la parte central del

siglo pasado, sino más aún profundizarla en una sinergia más estructural y horizontal entre el pueblo organizado, profesionales cualificados y organismos del Estado. La corresponsabilidad que establece la Constitución puede ser un principio y marco adecuado para materializar estos deseos tan justos y positivos.

Con esto queremos decir que la mayoría del país no respalda la dinámica que ha prevalecido en los últimos años e incluso en las últimas décadas de exclusión y confrontación. La mayoría quiere que todos marchemos en la misma dirección. Pero para eso no basta con que Hugo Chávez pase del imaginario militar al político. Es preciso también que la dirección excluyente de la economía sea contrapesada por una política verdaderamente democrática que discrimine positivamente a las masas populares. Ya que la exclusión es la causa principal de la inviabilidad de la democracia en América Latina. Y en esto es correcta la intuición de Hugo Chávez, aunque la trasmite tan deficientemente. Éste es el fondo del respaldo popular y en eso estamos de acuerdo.

Pero ya comenzamos diciendo que tanto la minoría oficialista como la opositora a ultranza no están dando signos de que perciben que ambos son causantes del problema y que deben rectificar. Sin este reconocimiento no podemos esperar sino el agravamiento de la confrontación con la ruina de todos. Es importante que la mayoría, aunque carezca de cauces institucionales, pues ambos están copados por lo que Teodoro Petkoff ha calificado de talibanes, se manifieste para ayudar así a que ambos polos entren en razón. Hay que reconocer que el Presidente y alguno de los suyos sí comienzan a dar indicios de buscar el diálogo y rectificar; con preocupación decimos que no vemos esa actitud en la oposición.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO, MIEMBRO DEL CONSEJO DE SIC